

Don Alejandro Aguilar Machado

Con justicia dichosamente todavía oportuna, para que el reconocimiento patrio fuera en vida, la Asamblea Legislativa se ha puesto de pie y le ha otorgado el Benemeritazgo a uno de los costarricenses más egregios de este siglo. Ojalá que ese nobilísimo título siga discerniéndose con un criterio tan selectivo y estricto como en el caso de don Alejandro Aguilar Machado y que no se destiña y pierda su significado, bajo el prurito de una democratización mal entendida.

Aguilar Machado, es hasta tal grado la encarnación de nuestros mejores tiempos republicanos, que siendo abogado prefiere que se le distinga con el título de maestro. Fueron, en efecto, los maestros los grandes constructores anónimos de la democracia e institucionalidad del país, y don Alejandro Aguilar Machado, fiel a esta misión, no dudó también en abrazar esta noble carrera de mentor consagrado de juventudes.

Como buen humanista, encontró en la Historia el campo de sus estudios y meditaciones, y como excelso orador que ha sido, le imprimió a sus lecciones sobre esta materia la misma elocuencia y dramatis-

mo de un Michelet. Cautivó a sus discípulos con su palabra fogosa, elocuente y sugestiva, despertando así el entusiasmo en ellos al mismo tiempo que les infundía sus conocimientos.

Y como todo maestro en el real sentido de la palabra, don Alejandro no se limitó al claustro académico sino que ejerció su misión pedagógica en otros campos menos apacibles pero parejamente importantes para el destino de su pueblo. De ahí que la historia política de Costa Rica se convierta en la palabra de este gran maestro y orador en episodios vivos, patéticos a veces, y siempre emocionantes de nuestra patria. Su figura elegante, discreta, venerable y enérgica es uno de los pocos testimonios, si no el único, de esa rara especie ya a punto de extinción entre nosotros, que es el orador humanista, el orador pleno, capaz de transportar a las grandes audiencias. Este hijo egregio de Costa Rica vive ahora recluido en una casa solariega de Alajuelita, a la vera de los acontecimientos actuales, como un gran general retirado que mira a su pueblo marchar después de haber dirigido muchas de sus grandes batallas pasadas.